Introducción

Jesucristo, el Verbo encarnado, el Esposo divino de la Iglesia (cf. Ef 5,28-32), que vivió como miembro de la Sagrada Familia de Nazaret, proclama el evangelio del matrimonio y la familia, del que tantos fieles cristianos dan testimonio en sus vidas (cf. Juan Pablo II, *Carta a las familias*, n. 23).

En este estudio contemplamos, siguiendo el magisterio reciente de la Iglesia, el misterio de Jesucristo, que realiza y revela el sentido pleno del amor esponsalicio inscrito en nuestra corporeidad. Como maestro divino, Cristo enseña el plan divino del Creador, asequible a la experiencia esencialmente humana; se trata de un proyecto de valor universal para el ser humano, formado varón y mujer a imagen y semejanza de Dios, llamado al don de sí, dotado de una estructura familiar de comunión. Como redentor del hombre, restaura el corazón herido por el pecado y lleva a nueva plenitud la relación conyugal y familiar, germen de la comunidad humana. Mediante el don de la gracia del Espíritu Santo nos hace capaces de amar con el mismo amor de Dios.

En el sacramento del matrimonio encontramos como un compendio de toda la historia de la salvación, de la alianza esponsalicia del Señor con su pueblo, cuyo culmen se realiza en la nueva crea-

ción del misterio pascual. La fidelidad propia del amor matrimonial, participación en la misma caridad divina, que se despliega en la comunión exclusiva, indisoluble y fecunda, constituye el quicio de las relaciones humanas. Además, en el evangelio del celibato por el reino de los cielos, Cristo inaugura una modalidad de vocación esponsalicia, complementaria del matrimonio, que ilumina el sentido escatológico del peregrinar terreno con la esperanza de la vida eterna.

El matrimonio, y la familia que brota del mismo, constituyen la base de la vida social. En efecto, las disposiciones originarias de acogida y entrega propias de la vida del hogar, hacen posible el reconocimiento de la dignidad sagrada de cada persona y su cuidado y promoción. La razón humana, purificada y educada, puede comprender la identidad del matrimonio y de la familia, así como su protagonismo en la construcción de una civilización de la vida, del amor y de la formación de personas maduras, conscientes de su dignidad de hijos de Dios y capaces de asumir su responsabilidad comunitaria. La cultura familiar ha de superar hoy el obstáculo de las ideologías que deforman la comprensión de los valores morales de una antropología adecuada e integral.

La familia cristiana participa en el misterio de la Iglesia, gran familia de los hijos de Dios. Por ello, los matrimonios y las familias son enviados con el don de la gracia a cumplir, conforme a su vocación específica, la misión eclesial apostólica y evangelizadora.

En el primer encuentro mundial de las familias, san Juan Pablo II improvisaba esta sentida reflexión: «Familia, *quid dicis de te ipsa?* Yo soy porque Aquel que dijo de sí mismo *Sólo yo soy el que soy*, me ha dado el derecho y la fuerza de existir. Yo soy familia, soy el ambiente del amor; soy el ambiente de la vida; yo soy. ¿Qué dices de ti misma? *Quid dicis de te ipsa?* Yo soy *gaudium et spes*» (*Discurso*, Roma, 8-10-1994). La familia cristiana, nacida del don sacramental del matrimonio, está llamada a traer a los hombres y

al mundo una chispa de la intimidad divina, anticipo del cielo en la tierra: la alegría del amor y la esperanza de la vida eterna. Con este libro queremos comprender mejor por qué y cómo puede realizar esta hermosa tarea.